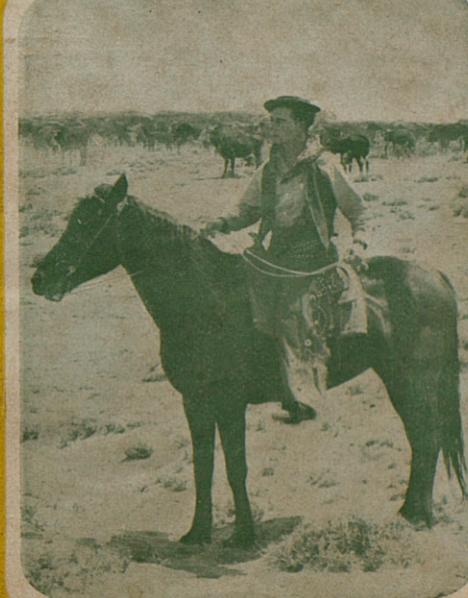


LA NOVELA FILM

N.º 130

30 cts.



EL REY DE LOS COW-BOYS

POR

BUSTER KEATON (Pamplinas)

LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción Cortes, n.º 651

Administración BARCELONA

Año III

N.º 130



EL REY DE LOS COW-BOYS

*Farsa cinematográfica, escrita, dirigida
e interpretada por*

BUSTER KEATON (Pamplinas)



Producción Metro - Goldwyn

*Exclusiva de
Metro-Goldwyn Corporation*

*Mallorca, 220
BARCELONA*

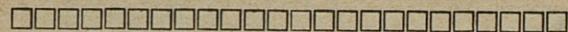
MUPI AJEVON AD

ESTADOS UNIDOS
1933
ESTADOS UNIDOS

COW-WOOL CLOTHES

Prohibida la reproducción.
Revisado
por la censura gubernativa.

J. Horta, impresor - Barcelona



El Rey de los Cow-boys

Argumento de la película



Existe en los Estados Unidos una estatua erigida a la memoria del famoso periodista Horacio Greeley, que se hizo célebre por su frase “¡Vaya al Oeste, joven, vaya al Oeste!”, con que despedía a los que, sin aptitudes para ello, sentían aficiones literarias, en una época en que en el Oeste hacían falta brazos.

Esta película está inspirada en dicha frase.

**

El mundo es una bola. Esta bola es muy grande. Pero a pesar de ser muy voluminosa, cabe en la palma de la mano de cada uno de nosotros. La misma bola sirve para todos. ¿No han ido ustedes alguna vez a Monte Carlo? ¿No? ¡Yo tampoco! Pero dicen que en el Casino del célebre

Principado hay la más importante timba del mundo. Una bolita se encarga de levantar a los unos y de aplastar a los demás. Para cada vida la bola del mundo es como la bolita de la ruleta de Monte Carlo.

Unos nacen con estrella, y otros se estrellan cuando menos lo piensan... que no es lo mismo.

Pamplinas, el pundonoroso Pamplinas, por ejemplo, era de los otros. Había conocido, apenas cumplidos los treinta años, todas las calamidades de este valle de lágrimas. ¡Con decir que llegó a tener incluso un aparato de radio!

Muchas cosas probó Pamplinas, pero la *guigne*, que en castellano significa desgracia, dió al traste con todo... y como todo llega, vióse obligado el infeliz a tomar una determinación desesperada: ¡vender su casa y trasladarse a la ciudad!

Vender su casa es un decir, porque Pamplinas no tenía más que cuatro muebles usados.

Resignado con su sino, salió de la casita de madera alquilada en tranquilo paraje, pujando, a falta de caballo, de la cuerda que arrastraba todo el material vendible.

Dirigióse hacia los "Almacenes Renacimiento", en que se vendía de todo y se compraba de todo, haciendo pagar caro lo que se vendía y pagando miserablemente lo que se compraba.

—Buenos días, señor Absalón. Estoy en la ruina y me marchó hacia otros horizontes. ¿Cuánto me paga usted por todo esto?

El dueño de los almacenes examinó los muebles de Pamplinas y le ofreció una miseria.

—Le doy a usted dieciocho reales, y crea que no hago ningún negocio.

—¡Dieciocho reales! Pero...

—Ni un céntimo más. Los tiempos están muy mal.

—Bien... Bien... Quédese usted con todo y déme ese dinero.

—Ahí va. Y buen viaje.

—Espere. En un cajón de esta cómoda tengo mi máquina de afeitar y todos sus accesorios. Me los llevaré para que no parezca un ogro dejándome crecer la barba.

—No me opongo a que usted se lleve esos objetos... pero como todo lo que se encuentra aquí es mío, por la compra que acabo de efectuar... debe usted pagar el precio que yo le pida.

—Tiene usted razón. Todo esto es suyo. ¿Cuánto le debo por la "Gillette", el jabón y todo lo demás?

—Con ocho reales me doy por satisfecho.

—Ni una palabra más. Tenga usted los ocho reales, y en paz.

—¿Se va usted a llevar también este retrato?

—Se me olvidaba lo mejor que tenía en mi casa... Es la fotografía de mi madre.

—Deme usted un par de reales, y no se queje.

—Ahí va el par.

—¿Se marcha usted muy lejos?

—¡Dios sabe dónde! Y, a propósito, déme un pan y esa butifarra, para matar el hambre durante el camino.

—Son siete reales más.

—Tenga.

Mientras el tendero le envolvía en un papel el pan y el embutido, Pamplinas contemplaba con gesto interrogativo los últimos dos reales que le quedaban. ¿Qué iba a hacer con tan poco dinero?

Una señorita, postulante de un festival a beneficio de los niños pobres, entró en la tienda, y viendo a Pamplinas con la moneda en la mano, creyó que se había anticipado a su petición de limosna; por lo que, tomando aquélla sin pedir permiso, la metió en la ranura del bote de auxilios, colgándole a Pamplinas un disco de cartón en la solapa.

Pamplinas no tuvo valor para protestar. ¡Estaba visto que el dinero huía de él como si estuviera escrito que no había de tener nunca un céntimo!

El dueño de los almacenes entregó en aquel momento a su buen cliente el paquete con los víveres, y al despedirse, Pamplinas desprendióse del cartón de la señorita postulante y se lo dió al tendero. ¡Decididamente, éste, que como avaro no tenía rival, estaba de suerte, pues sin parar, se permitiría el lujo de lucir el cartón de la

obra benéfica, que venía a ser una garantía de haber contribuido a ella!

Al salir de la tienda, Pamplinas, sin dinero y sin humor, sentóse a la sombra de la misma y meditó. Un perro, apiadado de su tristeza, acercósele para que no estuviera tan solo.

—Tú y yo somos iguales, amigo perro. Nunca comprendí como hoy la frase de San Francisco de Asís. Sí, "hermano" perro, tú y yo somos iguales. Dos seres abandonados que necesitan para vivir la caricia, el apoyo, una frase de aliento de los demás.

El tiempo iba pasando y no era conveniente vacilar más. Era preciso partir lejos, y cuanto antes lo hiciera Pamplinas, mejor.

Echó a andar hacia la estación. En ella había un tren a punto de marcha. Varios vagones de carga indicaban con grandes letreros en su parte exterior el destino que les correspondía. Pamplinas eligió el vagón que iba dirigido a Nueva York. Metióse en su interior, para viajar de mafute, y al día siguiente... el paquetito del pan y del fiambre había disminuído de volumen, prueba de que nuestro buen Pamplinas llevaba recorridos muchos kilómetros.

En Nueva York, lanzándose al torbellino de la gran ciudad, el desdichado viajero, que no estaba acostumbrado a ver tanta gente, perdió la cabeza... y buscándola entre las dos hileras de transeuntes — la hilera de los que subían la ca-

lle y la hilera de los que la bajaban — fué empujado de unos a otros, resultando con magullamiento general y yendo a parar, al fin, al arroyo, donde también recibió un trompazo, mayor que los otros, por haberse detenido en el lugar



—Tú y yo somos iguales, amigo perro.

en que un soberbio automóvil se detenía en tan crítico instante.

Desesperado, renunciando a mezclarse entre tanto transeunte, Pamplinas corrió como un loco esquivando autos, coches, camiones y bicicletas por la calzada, hasta que pudo apartarse a un

camino solitario, que le llevó a una estación de mercancías.

—¿Qué debo hacer? — preguntóse sentándose en una piedra.

Súbitamente, sus ojos tropezaron con un objeto. ¡Un monedero! ¡Feliz hallazgo! ¿Había dinero dentro?

Buscó ávidamente en el diminuto monedero contenido en el de adorno, y no encontró nada... nada más que un revólver de reducido tamaño y con incrustaciones de nácar, en el fondo del bolso.

¡Qué desilusión! Por un momento pensó en suicidarse. ¿No tenía lo necesario para pegarse un tiro en cualquiera de sus sienes?

Pero levantando casualmente la vista, vió no lejos de sí varios vagones de mercancías, uno de los cuales pregonaba con letras enormes que iba a Santa Fe; y simultáneamente, la sombra del periodista que pronunciara antaño la frase que le dió la celebridad, surgió ante Pamplinas, para alentarlo a ir al Oeste.

—¡Es cierto! ¡El Oeste me abre los brazos! ¡Sí, iré al Oeste!

Ir al Oeste tenía, además, para Pamplinas, una gran ventaja. Como no estaba para cavilaciones ni podía titubear, resultaba ideal no tener que preguntarse, delante de los vagones que se le brindaban como cómplices: “¿Este?... ¿Este?”, porque él iba al “Oeste”.

En un tris hallóse Pamplinas en el vagón con rumbo a Santa Fe, que estaba cargado de bariles.

Acomodóse encima de ellos... y muchas horas después, cuando el paquete de provisiones había disminuido casi totalmente, ocurrió que los barriles hicieron de las suyas por efecto de las sacudidas del tren, y mal de su grado, a pesar de que se introdujo en uno de los barriles, que se destapó y vació al chocar con sus compañeros, a fin de equilibrar con su peso, a los demás, siguió a algunos de los rebeldes, cayendo al campo, rodando sin freno por una pendiente.

Si se detuvo en su precipitada carrera fué gracias a que el barril se destrozó contra las piedras. También sufrió Pamplinas alguna contusión... pero eso no era nada comparado con el deseo de saber dónde estaba.

Al abrir los ojos vió un caballo, que echó a correr cuando él trató de acariciarlo, luego una culebra le hizo cosquillas en una pierna, y, espantado, gritando: "¡Lagarto! ¡Lagarto!", puso pies en polvorosa, persiguiendo al cuadrúpedo que también huía.

El final de su fuga fué un rancho, el rancho "Margarita". El caballo aquel pertenecía a este rancho.

El capataz y el dueño del cortijo, Miguel y don Bonifacio, respectivamente, ordeñaban una

vaca, la vaca "Sahara", que ya no daba ni gota de fruto.

—Es inútil, don Bonifacio. "Sahara" es tan estéril como el desierto de su nombre.

—Hay que insistir. Dejémosla ahora y ya volveremos luego. La pondremos en estudio.

—Me parece que perderemos el tiempo.

—En último caso, la mandaremos al matadero.

El capataz y el dueño del rancho regresaron a la cabaña donde habían los arreos de las caballerías, y Pamplinas, que estaba junto a dicha cabaña, se ocultó de ellos.

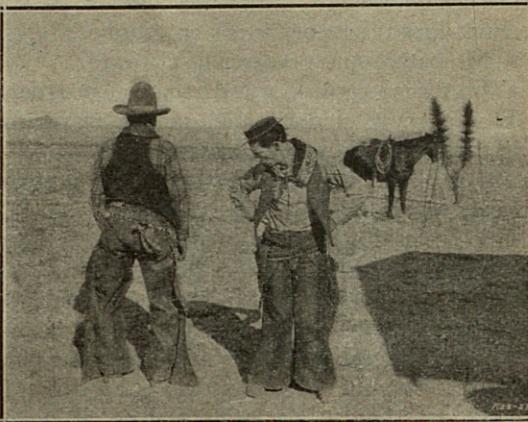
Uno de los dos hombres tiró a los pies de Pamplinas, sin haberle visto, la indumentaria casi completa de cow-boy, que acababa de cambiarse por otra, y nuestro héroe, recordando que la ocasión la pintan calva, apoderóse de aquellos efectos y se vistió con ellos, decidido a no desperdiciar la oportunidad de pedir trabajo al dueño del rancho.

El capataz iba a reunirse con sus hombres que vigilaban el ganado disperso por la llanura. Pamplinas, colocándose al lado del encargado, se fijó en sus andares, y al objeto de tener la mayor apariencia de vaquero, imitóle en arquear las piernas.

La imitación no era cosa fácil, y no sin tropezar varias veces, Pamplinas presentóse ante el dueño del rancho.

—¿Le hace falta un buen vaquero?

Don Bonifacio no se fijó en el sombrerito de Pamplinas, pues de haberlo hecho se lo hubiese, sin duda, agujereado a balazos, por el placer de ver si se ensanchaba la copa.



...y al objeto de tener la mayor apariencia de vaquero, imitóle en arquear las piernas.

—No le necesito a usted — contestó secamente.

—Bueno, pues; paciencia. Otro día será.

—Espere. He cambiado de opinión. Puedo quedarme con usted por algún tiempo.

—¿Quiere que empiece a trabajar ahora mismo?

—Lo prefiero. Tenga este cubo y vaya a ordeñar aquella vaca.

Sin darse mucha prisa, Pamplinas fué al encuentro de la vaca sin leche. Se cruzó en el camino con Margarita, la hija de don Bonifacio, la flor más hermosa de aquellas praderas, que bebía agua en un cazo, apoyada en el brocal de un pozo.

—Buenos días, señorita... No tengo el gusto de conocerla...

—Soy la hija del dueño del rancho.

—Lo celebro. Me pongo a sus órdenes. Soy un vaquero más, ¿sabe usted? Su papá me ha dicho que podía trabajar aquí...

—Trabaje cuanto quiera. Nadie se lo impide.

—Ya, ya... Adiós... El gusto ha sido mío...

Pamplinas llegó junto a la vaca que tenía que ordeñar. Como no había sido nunca vaquero, no entendía nada en asunto de vacas. Pero tenía ingenio. El se dijo que para que la vaca diese su leche, no tenía más que ver debajo de sus ubres el cubo que debía llenar.

Pero la vaquita dijo que no, y el cubo quedó intacto.

—Bromitas, no, ¿eh? — dijo a "Sahara" mostrándole el cubo vacío.

Se lo volvió a colocar en sitio adecuado.. pero todo fué inútil.

Don Bonifacio mandóle decir por su hija que fuese a ayudar a los demás a vigilar el ganado.

Pamplinas encaminóse hacia donde se encontraban sus desde aquel momento compañeros, pero al llegar cerca del ganado, éste se agitó casi a un tiempo, y presa de miedo, el nuevo vaquero regresó al punto de partida, encontrando en lugar de la vaca estéril un mulo.

—¡Cómo se entiende! ¿Dónde está la vaquita? —dijo Pamplinas.

Margarita estaba cerca de allí, a sus pies había un cubo colmado de leche, y una vaca bañaba una de sus patas en el blanco jugo.

—¡Qué extraño! ¡Cómo se las habrá arreglado esa linda moza para arrancarle leche a la vaca seca?

Lo que no había visto Pamplinas era que la vaca que Margarita había ordeñado no era la estéril.

Y como Margarita estaba allí, Pamplinas decidió dar prueba de valor. Ensilló el mulo, con toda clase de precauciones, y pretendió, a pasos contados, porque el mulo nació para el descanso, reunirse con los otros vaqueros.

Como la silla de la cabalgadura estaba "tan bien" colocada, pronto Pamplinas la perdió, y perdido también el mulo, nuestro héroe continuó a pie el camino.

El ganado era rebelde, y como los cuernos eran largos y afilados, Pamplinas estaba receloso y se encomendaba a Dios.

De pronto cruzóse en su ruta una vaca, la

pobre "Sahara". No podía andar. De primer momento Pamplinas la miró con prevención, pero poco a poco fué simpatizando con ella, y como viera que tenía una piedra hundida en la pezuña, se la quitó con sumos cuidados.

Un poco después, Pamplinas hundióse un pie en un agujero, y un toro, al verle en tan apurada situación, le embistió con furor.

Pamplinas vió al toro y cerró los ojos cuando éste iba a darle alcance para mandarlo, seguramente, a las nubes; pero ocurrió un milagro. ¡La vaca tan solícitamente tratada por Pamplinas se había interpuesto entre él y el toro, deteniendo al furioso animal! Se repetía la fábula de que el fuerte necesita del débil y el débil del fuerte. La vaca había salvado a Pamplinas porque Pamplinas fué humano un poco antes con ella.

Desde aquel momento, Pamplinas y la vaca estaban ligados por un sentimiento de gratitud indestructible. El no olvidaría al dócil animal, y éste, sintiéndose más fuerte al lado de Pamplinas, decidió no dejarle a sol ni a sombra.

Tocaron a rancho y Pamplinas se dirigió hacia la cantina, seguido por la vaca, de la que no se atrevió a separarse ahuyentándola con un gesto.

Los vaqueros estaban ya en el comedor, y cuando llegó Pamplinas, la cena había terminado. Al sentarse él, se levantaron los otros, y el cocí-

nero, que ya había comido, se lavó las manos ante la insinuación de protesta del retrasado.

La vaca esperaba a su amigo fuera de la cantina.

Pamplinas, al salir del comedor, fué, con la vaca, al dormitorio general, donde le dieron una manta para que se acostase.

La vaca entró también en el dormitorio y lamía el rostro de uno de los vaqueros entregado a la lectura.

—¿Qué es esto? ¿Por qué no ha sido encerrada esta vaca en la empalizada?

—No la echen. Por esta noche dormirá conmigo en el establo.

La ocurrencia de Pamplinas provocó risotadas en el grupo de vaqueros.

—Si el amo supiera lo bien que trata usted al ganado, de seguro que le aumentaría el sueldo. No haciendo caso de burlas, Pamplinas fué al establo y ató la vaca a una de las argollas, cubriéndola con la manta que le dieran para él.

"Sahara", agradecida como si fuera una mujer amada, miraba cariñosamente a Pamplinas. Este considerábase dichoso, y como su estómago no estaba satisfecho, hincó los dientes en los restos, muy reducidos por cierto, del pan y de la butifarra de su pueblo.

Apenas terminada la menguada ración, oyó Pamplinas los escalofriantes aullidos de unos lobos, y comprendiendo por los mugidos de la va-

ca, que ésta tenía miedo, armóse de un rifle y se dispuso a pasar la noche en vela, para proteger a la indefensa "Sahara", exactamente igual que si fuese una novia.

Y "Sahara" pudo dormir tranquilamente.



...armóse de un rifle y se dispuso a pasar la noche en vela...

Al día siguiente, rendido de sueño, Pamplinas despertóse un poco más tarde de la hora, y al llegar a la cantina se encontró con que, como la víspera, la comida había terminado, no quedando nada para él.

—¡Tendré mala pata! ¡Con el apetito que me devora desde anoche! ¡Maldita sea!

La vaca parecía apiadarse de su amigo, frotando su hocico contra su espalda.

Los vaqueros perseguían a varias cabezas desmandadas, para encerrarlas en la empalizada. Pamplinas, distraídamente, dejó escapar dos toros; visto lo cual por el capataz y otro vaquero, le dijeron:

—¡Eh, Pamplinas! Tú que los has dejado escapar, vuelve a encerrar esos novillos.

Sin medir el peligro, Pamplinas se dispuso a acatar la orden, llamando a gritos a los toretes.

—¡Hala, a obedecer!

Pero los cornúpetas le contestaron que “bueno”.

—Alégralos con un trapo rojo y verás qué pronto acuden — le aconsejaron los dos vaqueros, descontando lo mucho que se iban a reír con el susto que recibiría Pamplinas al verse embestido por los novillos.

Pamplinas aceptó el consejo, y quitándose el pañuelo que rodeaba su cuello, lo mostró a los toros.

Ver el trapo rojo y embestir briòsamente al que lo agitaba, fué cosa que los novillos ejecutaron con la rapidez del rayo.

Pero Pamplinas no era tan tonto como le creían sus compañeros, y al tener junto a sí a cada uno de los toros, esquivó sus cuernos apartándose ligeramente.

Luego, ya dentro los novillos, Pamplinas cerró la empalizada; y ante el asombro de los vaqueros que querían reírse de él, fué al gallinero a recoger los huevos puestos aquella mañana.

Las gallinas se habían portado bien. Esperó pacientemente a que una de ellas pusiera su preciado fruto, y al disponerse a ir a la cocina, detuvose a pocos pasos del gallinero.

¿Qué era lo que estaba oyendo? ¡“Sahara” mugía como si le amenazara un grave peligro!

Echó Pamplinas un vistazo a su alrededor y vió a “Sahara” en manos de unos vaqueros. ¿Qué querían hacerle?

¡Oh! Debía acudir en su auxilio. En su precipitación pisó la caja donde depositara los huevos recogidos, la cual dejó en tierra un momento; pero no se detuvo a lamentarse de su torpeza, pues “Sahara” le necesitaba.

Al llegar hasta donde estaba la vaca, Pamplinas comprendió por qué se quejaba de aquella suerte. ¡Iban a marcarla al fuego! ¡Qué horror!

Acechando una distracción propicia del vaquero que sujetaba a “Sahara”, Pamplinas pudo darle la libertad, y trató de ocultarla detrás de un montón de matorrales que él fué reuniendo con tan noble propósito.

Don Bonifacio vió a Pamplinas y a la vaca, y fijándose en que ésta no estaba todavía marcada, le dijo:

—¿Qué diablos hace esa vaca sin marcar?

¡Llévala inmediatamente a que le tuesten la piel!

—En seguida, señor... en seguida.

Fingió Pamplinas que iba a acatar la orden, pero era tanto el cariño que sentía por "Sahara", que, aguzando el ingenio, encontró el medio de librarse del fuego.

—No tenía, acaso, su máquina de afeitar?

—La máquina "Gillette" sería la salvación de la vaca!

En efecto; sin ser descubierto, Pamplinas enjabonó la parte de "Sahara" destinada a ser quemada por la marca, y, procurando que la vaca no sufriese la menor molestia, le dibujó, afeitando la piel, dicha marca. La operación no pudo dar más brillante resultado, y satisfecho de sí mismo, Pamplinas pasó ufano por delante de don Bonifacio, mostrándole que la vaca había sido marcada al rojo.

Un poco después tocaron a rancho. Acordándose de que las veces anteriores había llegado tarde, aquella vez no quiso ser Pamplinas el último; y se anticipó a todos, hartándose bonitamente.

Pero eso no era todo. Pamplinas levantóse de la mesa cuando los vaqueros llegaban a comer; exactamente igual que ellos aquella mañana y la víspera.

"Sahara" estaba tan contenta como Pamplinas; pero como no tenía cuernos, las compañe-

ras y los novillos no la respetaban como ella quisiera.

—¡Ah! ¿Sí? — dijo Pamplinas. — Se ríen de tí porque no tienes cuernos! ¡Ahora verán!

Sin que nadie lo advirtiese, Pamplinas volvió a entrar en el comedor donde estaban reunidos los vaqueros con don Bonifacio y su hija, y descolgó unos cuernos de pronóstico, que colocó fácilmente sobre la testuz de la vaca.

—Y había que ver a "Sahara" retando a todos sus compañeros de pradera!

—Y había que ver, también, un poco después, a don Bonifacio, al encontrar a "Sahara" desconocida con tanto cuerno!

Margarita se hundió en un dedo, junto al pozo, una astilla, y Pamplinas mereció el honor de quitársela. Se azoró haciendo tal cosa, porque la joven valía una mina de platino.... y ella, al parecer, deseaba, mientras se alejaba de su lado, que él la siguiese, para charlar como buenos amigos.

La situación financiera de don Bonifacio no era brillante. Había decidido enviar mil cabezas de ganado el jueves de aquella semana. Lamentaba tener que recurrir a ese extremo para hacerse con fondos, pero no le era posible esperar más.

El día señalado para la expedición de las mil cabezas, otro ganadero se presentó en el rancho y entrevistóse con don Bonifacio.

—¿Cómo se atreve usted a vender ganado ahora, cuando yo estoy reservándolo para que suba el precio?

—No puedo esperar más, Clemente. Si no...

—Eso no está bien, y no puede tolerarse.

Don Bonifacio tenía también su genio, y explotó ante la hostilidad del rival.

—¡Eso a nadie le importa más que a mí! Conque... ¡aire!

—¡Ese ganado no saldrá de la comarca si yo puedo impedirlo! Y como voy a poder...

—Lo veremos! ¡Lárguese de aquí!

Margarita se reunió con su padre apenas el ganadero ambicioso le hubo dejado con sus pensamientos y muy agitado.

Pamplinas había presenciado la escena, al lado de don Bonifacio.

—¿Qué ocurre, papá?

—Clemente me ha amenazado con impedir que salgan esas mil cabezas... ¡Y si no llegan a tiempo al matadero, estoy arruinado!

—¿Qué piensas hacer, papá?

—No tengo más remedio que hacer ese envío... y lo haré.

Pamplinas pensó en "Sahara". ¡Por nada del mundo quería separarse de ella! Además, tenía ideado un plan: formar parte de la expedición, para defenderla en caso de un posible ataque por parte de los hombres de Clemente.

Como el revólver que llevaba en la amplia

revolvera era tan diminuto que se perdía, lo ató a un cordel, a fin de que cuando lo necesitase no tuviese que perder media hora buscándolo.

Después de haber ayudado a encerrar el ganado, durante cuya operación sufrió muchos re-



—Clemente me ha amenazado con impedir que salgan esas mil cabezas.

volcones, Pamplinas apoderóse de "Sahara".

Don Bonifacio le vió con la vaca y le dijo:

—Ponla ahí... con las demás... "Sahara" va también.

—A dónde?

—¿A dónde quieres que vaya, imbécil? ¡Al matadero! ¿No ves que da menos leche que si fuera de papel secante?

—¡No! ¡Esta vaquita, no!

—¿Cómo que no!

—¿Que no, y que no!

—¡Basta! ¡Ahí va este dinero, por lo que has trabajado estos dos días, y hemos terminado.

—Bien... Bien... Véndamela usted, al menos.

—Con todo tu sueldo de un mes no la pagarías. ¡A peso vale el doble!

Pamplinas estaba decidido a todo por conservar a "Sahara", pero mientras discutía con don Bonifacio, otro vaquero se la llevaba sin que él se diera cuenta.

Margarita no dejó de prestar atención al dolor que sentía Pamplinas sin la compañía de la vaca, y dijo a don Bonifacio:

—Papá... ¿por qué no le dejas que se quede con "Sahara"?

—No seas loca como ese botarate, hija mía. ¿Qué querrá hacer con esa vaca sin leche?

¡Ah! ¡Si él tuviera más dinero!

Dos vaqueros jugaban en el dormitorio general. La idea de que en el juego podría reunir el dinero que necesitaba para comprar la vaca, decidió a Pamplinas a arriesgar el poco dinero que tenía.

Uno de los vaqueros hizo trampa. El le vió.

—¡Eres un tramposo!

—¿Qué has dicho? ¡Quietas las manos! Ahora vamos a ver si la cabeza sólo te sirve para sostener el sombrero.

El tramposo le encañonó un pistolón.

—¿Qué iba a hacer Pamplinas? ¡Callar?



—¿Qué has dicho? ¡Quietas las manos!

¿Qué pensaría de él, si tal hiciera, el otro vaquero? ¿No sospecharía que él era el verdadero tramposo?

Disimuladamente, Pamplinas logró introducir el meñique de su mano derecha detrás del gatillo del pistolón del cow-boy, imposibilitando

así a éste el poder disparar, puesto que al apretar el vaquero el gatillo, éste sería detenido por el dedo de Pamplinas.

El trámposo consideróse vencido, y como Pamplinas le apuntaba a su vez con su revólver de señora, soltó el pistolón.

—He ganado yo. Ved mi juego.

En efecto; era un excelente juego.

—Pero el mío — dijo el tercer jugador — es mejor todavía.

Era verdad... y Pamplinas quedó sin un céntimo.

No importaba. ¡El no se separaría de "Sahara".

Margarita, apiadada de Pamplinas, habíale buscado para entregarle cierta cantidad de dinero de sus economías, por si con ellas lograba comprar la vaca; pero no le encontró.

Pamplinas había desaparecido del rancho para reunirse con la vaca, y viajaba en el mismo vagón en que ella iba entre numerosas cabezas.

El ganado tenía que llegar sin tardanza a Los Angeles. Los vaqueros debían custodiarlo hasta el matadero, y así don Bonifacio se salvaría de una ruina segura.

Los hombres de Clemente esperaron el paso del tren, y tirotearon a los vaqueros de don Bonifacio, que saltaron de los vagones para perseguir a sus enemigos.

El conductor del tren y el fogonero fueron

obligados por los hombres de Clemente a abandonar su puesto, y Pamplinas quedó solo en el convoy con las mil cabezas.

El también cooperó a ahuyentar a los enemigos, pero como el tren se puso en marcha brus-



...y viajaba en el mismo vagón en que ella iba entre numerosas cabezas.

camente, sin guía, lanzado al azar por los hombres de Clemente, para que se despeñase, impiéndole así la llegada del ganado al matadero, aferróse al último vagón para reunirse de nuevo con "Sahara".

El tren volaba, pero gracias a la sangre fría de Pamplinas, detúvose normalmente en Los Angeles.

Solo, recordando las palabras de don Bonifacio, cuando hablaba de su ruina si no llegaban a tiempo las reses al matadero, Pamplinas dió libertad a las mil cabezas y dirigióse hacia el matadero.

Ni que decir tiene que el paso del numeroso ganado por las calles de la ciudad produjo pánico, carreras, sustos, y toda clase de excesos.

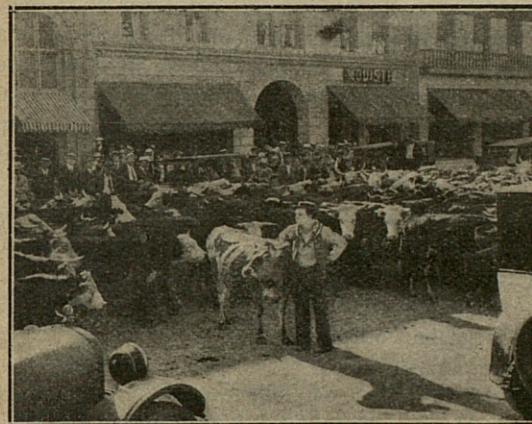
Intervino la policía. Llegaron los bomberos. Sucedieron las notas cómicas a granel. Cerraron numerosos establecimientos. ¡Aquello fué Troya!

Pero, siempre con "Sahara" como mascota, Pamplinas se acercaba más y más al matadero.

Para que las reses le obedecieran sin reservas, una vez que cada una de ellas parecía renunciar a la disciplina en plena calle, Pamplinas, a falta de trapo, apoderóse en una tienda de un disfraz de diablo rojo, con cola y todo, para ponérselo al punto, y el resultado de su idea fué estupendo. ¡Con decir que tuvo que darse una carrera descomunal para no ser alcanzado por ninguna cabeza!

La policía volvíase loca. Al dar la noticia en la comisaría, un agente dijo que había un millar de terneras sueltas por las calles; otro, que había cinco mil vacas desmandadas por la ciu-

dad; y el último fué el más embustero. ¡Dijo que se habían escapado diez mil toros furiosos! Inútil decir el miedo que tenían todos.



Para que las reses le obedecieran sin reservas, una vez que cada una de ellas parecía renunciar a la disciplina en plena calle...

Don Bonifacio y su hija, en automóvil llegaban en aquel momento al matadero.

—¿No ha recibido usted mi ganado? — preguntó al encargado.

—¿Qué ganado? No he visto ninguno.

—¡Todo está perdido! ¡Estamos en la ruina!
— gimió el ranchero.

Pero el ganado llegaba en aquel instante.

—¡Mira, Margarita, mira! ¡Son mis mil cabezas!

Pamplinas logró encerrar sin dificultad alguna todo el ganado, y despojándose de su disfraz de diablo, presentóse ante don Bonifacio y su hija, cuando éstos salían del despacho del matadero con un cheque, el primero, por la venta de las mil cabezas llegadas.

Don Bonifacio abrazó a Pamplinas.

—Mi casa... mi rancho... Todo cuanto poseo es tuyo, muchacho... No tienes más que pedir... — le dijo.

Margarita sonreía.

Pamplinas replicó:

—Me contento con ella...

—¡Ah! No tienes mal gusto, picaruelo...

Pero Pamplinas, apartándose de don Bonifacio, fué a buscar a "Sahara".

—Me contento con la vaca que usted no quería darme...

—¡Qué gracia! ¡Esto es para morirse de risa! ¡La vaca es tuya, hombre de Dios, y tendrás todas las vacas que quieras!

Margarita no perdía la esperanza. Una vez Pamplinas la miró con cariño...

Subieron los tres al auto de don Bonifacio,

y también fué instalada en él "Sahara", al lado de Pamplinas.

Margarita, que iba delante, al lado de su padre, volvióse a hablar con el héroe de la expedición del ganado.

—A juzgar por su interés por ella, quiere usted mucho a "Sahara", ¿verdad?

—Me salvó la vida... y como no tengo afectos...

—¿No tiene usted novia?

—No tengo nada.

—Desde ahora tendrá usted lo que quiera... Ya sabe que mi padre está dispuesto a concederle cuanto le pida. Gracias a usted, la expedición ha llegado a destino... pues estamos enterados de lo que pasó durante el trayecto.

—¿Está usted segura de que su padre me dará lo que quiera, además de "Sahara"?

—Segurísima.

—¿Segurísima, segurísima? Es que yo... si me atreviera...

—Tenga usted en cuenta que hay cosas que no se piden más que al interesado...

—Entonces... entonces... yo tengo que pedir una cosa a usted...

La vaca mugía. Tenía celos.

FIN

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
RAQUEL MELLER

PRÓXIMO NÚMERO:

La emocionante novela

EL TIRANO

Por BRYANT WASBURN

y MABEL FORREST

Interesantísimo asunto

Postal-regalo: LUCIANO ALBERTINI

32 páginas - Numerosas fotografías

La Novela FILM

Sale todos los martes: Precio: 30 cts.

Le recomendamos lea:

LA HECHICERA

por POLA NEGRI

(Los Grandes Films de la La Novela Semanal Cinematográfica)

LA VIUDA ALEGRE

por MAE MURRAY y JOHN GILBERT

(La Novela Semanal Cinematográfica

Ediciones Especiales)

¡INMEJORABLE PRESENTACION !

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existen depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

Sociedad General Española de Librería,

Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barbará, 16, Barcelona. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN